

de la primavera. (Suenan dentro varios suspiros de impaciencia, Walther lo observa y continúa, aunque turbado.) Vencido el invierno corre á esconderse entre las zarzas, rodeado de hojas secas, devorado por la tristeza y la envidia. Puesto en acecho escucha y espía el momento en que podrá estorbar el regocijado canto; (levantándose con impaciencia de la silla,) era el grito de mi pecho, cuando ignoraba todavía lo que era amor. Conmovido como al despertar de un sueño, latió mi corazón, circuló mi sangre con nueva y poderosa fuerza desconocida hasta entonces para mí y mis suspiros se levantaron como un mar tempestuoso. Mi pecho contesta con júbilo á este llamamiento de una nueva vida. Entonad el canto del amor.

BECKMESSER (con creciente impaciencia, tira la cortina).—¿Ha concluído?...

WALTHER.—¿Qué dice usted?...

BECKMESSER (mostrándole la pizarra cubierta de borrones).—Llena está. (Los maestros se ríen.)

WALTHER.—Escuchad. Empieza ahora el canto en elogio de la mujer.

BECKMESSER (abandonando el sitio).—Cante usted lo que quiera, que por de pronto ya ha perdido usted Maestros, vean ustedes eso; en mi vida oí cosa semejante no había de creerlo aunque lo jurarais. (Los maestros se levantan.)

WALTHER.—¿Permitiréis que me interrumpa?... nadie quiere oírme.

POGNER.—Una palabra, señor Juez. ¿Está usted irritado?

BECKMESSER.—Ocupe mi lugar quien le dé la gana, pero pruébese antes que ese caballero ha faltado á todas las reglas. Aunque esto será difícil, porque lo que ha cantado no tiene pies ni cabeza. Dejo á un lado las faltas de ritmo y metro que abundan. ¿Quién puede llamar seriamente á esto cantar? En

esto soy intransigente; no creo que exista melodía posible con una letra estúpida.

VARIOS MAESTROS.—No se comprende nada, ni se le ve fin al canto.

BECKMESSER.—¡Y qué extraños giros, qué énfasis, qué modo de chillar!

KOTHNER.—Verdad, no he entendido una palabra.

BECKMESSER.—Ni cadencias, ni armonías, ni vestigio de melodía siquiera.

VARIOS MAESTROS (en tropel).—¿Quién puede llamar á esto canto? Materialmente abruma, rasga el oído.

KOTHNER.—¡Si hasta botaba en la silla!

BECKMESSER.—¿Contaremos primero las faltas ó daremos desde luego por nulo el acto?...

SACHS (que ha escuchado á Walther con creciente atención).—Maestros, no hay que andar tan aprisa; no todos son de vuestro parecer. El canto y los versos me parecen más nuevos que confusos, y aunque no siguen vuestro sistema, la melodía se desarrolla inspirada y sin incorrecciones. Queréis juzgar, según las reglas, sin advertir que lo que no fué compuesto con ellas no puede ser juzgado por nosotros.

BECKMESSER.—¡Bravo! ¡bravo! mucho escucháis á los ramplones. Sachs, así favorecéis su entrada sin duda para que introduzcan en nosotros el desorden. Que canten si quieren en las calles y plazas, que aquí sólo se admite al que se atiene á los preceptos del arte.

SACHS.—Pero, señores, ¿á qué viene ese alboroto? ¿por qué tan poca calma?... muy distinto sería el fallo si escucharais más atentos. Por esto insisto en que el hidalgo debe ser escuchado.

BECKMESSER.—¿De modo que todo el gremio, toda la escuela nada puede contra Sachs?

SACHS.—Dios no permita que se cumpla mi deseo,

si atento á los preceptos del arte. Pero siempre fué ley que el juez debía estar exento de pasión, y como ahora él es también pretendiente de la muchacha, es imposible que resista al placer de humillar ante el gremio á su rival sentado en la silla.

(Walther se anima.)

NACHTIGALL.—Esto es demasiado.

POGNER (á los maestros).—Evitemos las discordias y las riñas.

BECKMESSER.—¿Y qué tiene que ver el maestro Sachs con lo que privadamente me atañe?... mejor sería que cuidase de que los zapatos no me lastimaran. Como ahora se ha metido á gran poeta, la zapatería anda por los suelos; sino, mirad qué mala forma tienen. Quédese en casa con todos sus versos y rimas, chanzas é historietas, y tráigame, en cambio, un par de zapatos nuevos.

SACHS.—Muy atinada me parece la observación.

(Walther muy agitado vuelve á sentarse.)

MAESTROS.—Basta, basta.

SACHS Á WALTHER.—Siga usted cantando para aburrir á ese señor Juez.

BECKMESSER (mientras Walther empieza, trae la pizarra y la presenta á los maestros para que la examinen formando corro á su alrededor).—Pero, señores, ¿por qué empeñarnos en seguir oyendo?... Bien marcada está cada falta. Mala construcción, palabras sin sentido, sílabas mal puestas, descuidos, rima imperfecta, mal cortado el verso; aquí hay un canto intercalado cuyo sentido no se comprende; aquí una pausa larguísima; en fin..., un desorden completo. Contad conmigo lo apuntado, he llegado á perder la cuenta; tantas faltas como ese no las hizo nadie; más de cincuenta van, ¿y después de esto le elegiréis?

MAESTROS (todos á un tiempo).—Realmente, así, es; mal se ha portado ese caballero. Sea cual fuere la

opinión de Sachs, aquí no puede cantar. Cada cual tiene el derecho de votar á quien le parezca, pero si el primero que se presenta ha de ser recibido, ¿á dónde va á parar el respeto que nuestro título merece? ¡Cómo se fatiga el autor! Sachs le dió su voto y realmente vale la pena que se canse por él, ¡á votar! ¡á votar!

POGNER.—(Realmente mi buen hidalgo no sale muy airoso de la prueba, y lo siento. Siento tener que votar contra él: con gusto le hubiera elegido y aceptado por yerno. Ahora si se presenta otro aspirante, vaya usted á saber lo que le parecerá á la niña. Lo que me preocupa es ver á quién elige.)

WALTHER (con desdén y arrebatado por la inspiración se levanta y se encara con los maestros que le miran inquietos y agitados).—Del oscuro zarzal se precipita el buho y sus chillidos despiertan el ronco graznar de los cuervos; bandadas de aves nocturnas revolotean en confuso torbellino y entre ellas se alza con alas de oro un ave maravillosa. Brilla deslumbrador su plumaje, cruza el espacio, y me invita á que la siga. Movido mi corazón con ansias inefables, alza su raudo vuelo á través de los aires, hacia la colina paterna, hacia la verde pradera de los pájaros. Allí cantaré en honor de la mujer querida: ¡qué me importa que no le guste al cuervo el inspirado canto del trovador! adiós, maestros... pedantes...

(Retira la silla con desdén y orgullo y se dispone á salir.)

SACHS (escuchando el canto de Walther). (¡Qué fuego! qué inspiración! oídle, maestros! Sachs os lo ruega. Señor juez, ¡un poco de calma! dejad que oigan los demás... en vano, es inútil,... nadie se entiende, nadie quiere escucharle, y sin embargo, él continúa. Mucho valor es: ¡tiene un gran corazón! es un verdadero artista!

APRENDICES (que ya se habían levantado de los bancos, se ponen á bailar alrededor de la tarima cantando).—¡Viva! viva! él se lleva el premio!

BECKMESSER.—¡A votar! maestros, ¡á votar!

(La mayoría levanta la meno.)

MAESTROS.—Muy mal, muy mal, ha perdido.
(Se van manifestándose disgustados.—Gran confusión. Los aprendices invaden los bancos y la tribuna del juez. Sachs que se queda solo en el proscenio, mira pensativo en torno suyo y con gesto de cómica impaciencia vuelve la espalda. Cae el telón.)



ACTO II

El escenario representa una calle cortada en el fondo por un tortuoso callejón, con dos casas en las esquinas. La de la derecha, de mejor aspecto, es la de Juan Pogner; la de la izquierda, de menos apariencia, es la de Juan Sachs. Conduce á la de Pogner una escalera y tiene una puerta abovedada, con bancos de piedra. Junto á la misma habrá un tilo de tronco muy grueso y rodeado de maleza. Delante de él, otro banco de piedra.—La entrada de la casa de Sachs, mira también al espectador. La puerta de la tienda conduce directamente al taller. Habrá dos ventanas que dén á la calle; la una es del taller; la otra de las habitaciones interiores. Habrá un saúco, cuyos ramos cuelgan hacia la tienda. Todas las casas y ventanas son practicables. La acción se supone en una tarde de verano. Al levantarse el telón, la escena estará alumbrada. Va anocheciendo lentamente.—Sale David cerrando los postigos. Algunos aprendices hacen lo mismo, desde otras ventanas.

APRENDICES (trabajando).—¡Día de san Juan! Día de san Juan! día de flores y regocijos!

DAVID.—¡Ah! si pronto alcanzase la guirnalda!

MAGDALENA (saliendo de la casa de Pogner con una cesta bajo el brazo y acercándose á David sin ser vista).—¡Pst! pst! David!

DAVID (volviéndose).—¡Otra vez me llamáis!... (A

los aprendices.) Siempre salís con vuestras necias canciones!...

APRENDICES.—David ¿qué significa eso? Más te valdría no ser tan orgulloso y necio. ¡Día de san Juan! día de san Juan! Este no quiere tratar con Magdalena.

MAGDALENA.—¡Oye, David!... vuélvete!...

DAVID.—¿Usted aquí?

MAGDALENA (indicando la cesta).—Aquí te traigo algo bueno. Mira; esto ha de ser para ti, si me cuentas lo que le ha pasado al caballero; ¿qué le aconsejaste? ¿ha ganado el premio?

DAVID.—¡Ay, Magdalena! Malo se ha puesto! Ha cantado muy mal, y ha perdido.

MAGDALENA.—¿Ha cantado mal y ha perdido?

DAVID.—¿Y á ti qué te importa?

MAGDALENA (retirando el cesto, en el punto en que David extiende hacia él la mano).—¡Quietas las manos! que no hay nada para ti, goloso! qué lástima, que haya perdido nuestro hidalgo!

(Vuélvese con muestras de tristeza á su casa. David la sigue con la vista.)

APRENDICES (se han ido acercando poco á poco y rodean á David felicitándole).—Felicitamos al joven caballero por su matrimonio! con qué suerte hace el amor! Todo lo hemos visto y oído... La muchacha á quien ha consagrado su amor... le retira la cesta (1).

DAVID (furioso).—¿Qué hacéis aquí, holgazanes? ¡Silencio!... Chitón!

APRENDICES (bailando alrededor de David).—¡Día de san Juan! día de san Juan! Cada cual corteja á su gusto; el viejo á la niña; el joven á la vieja; el maestro como el muchacho: ¡qué júbilo! qué fiesta! Viva la fiesta de san Juan!

(David encolerizado, va á pegarles, cuando sale

(1) Frase equívoca que en alemán significa también rehusa la solicitud de un amante.

Sachs y se interpone entre ellos. Los muchachos se van en tropel.)

SACHS.—¿Qué pasa? ¿otra vez riñendo?

DAVID.—¿Yo? estaban cantando coplas indecentes.

SACHS.—Pues no las escuches; y procura aprender otras mejores. Vaya, chitón; á casa; cierra la puerta y enciende la luz.

DAVID.—¿Y no puedo ir á dar lección de canto?

SACHS.—No; hoy no cantarás; en castigo á tu mala conducta pondrás los zapatos nuevos en la horma. (Ambos entran en el taller y desaparecen por la puerta interior.)

(Salen Pogner y Eva y como volviendo de paseo cogidos del brazo, suben por el callejón, pensativos y silenciosos.)

POGNER (mirando por una de las rendijas de la ventana de Sachs).—Vamos á ver si nuestro vecino Sachs está en casa; desearía hablarle. ¿Qué te parece si entrase?

(David sale con la luz y se pone á trabajar á su velador, junto á la ventana.)

EVA.—Me parece que está en casa, porque veo luz dentro.

POGNER.—¿Entraré? ¿y para qué, después de todo? ¡vale más que no vaya! Cómo convencer á un hombre tan raro! (Después de reflexionar un instante.) Hasta ahora él no creyó seguramente que

yo errase, y sin embargo no salgo nunca de lo que me imponen los preceptos. No era este su modo de obrar... Quizás le mueve ahora el amor propio... (A Eva.) ¿Y tú no dices nada?

EVA.—La hija obediente sólo habla cuando le preguntan.

POGNER.—¡Qué prudencia y qué bondad! Ven; siéntate aquí un momento en este banco, á mi lado. (Se sienta en el banco de piedra debajo del tilo.)

EVA.—¿No siente usted el fresco? Hoy ha hecho mucho calor.

POGNER.—Al contrario; la temperatura está muy agradable esta tarde. (Eva se sienta con tristeza.) ¡Feliz anuncio del hermoso día que ha de lucir para ti mañana! ¿No te dicen los latidos de tu corazón, la dicha que mañana te aguarda cuando te veas rodeada de toda la ciudad de Nuremberg, y de altos consejeros, con la municipalidad y ciudadanos, gremios y pueblo, y adelantándote entregarás la guirnalda y elegirás por esposo al maestro que mejor te parezca?

EVA.—Querido padre ¿y ha de ser maestro precisamente?

POGNER.—Sí, hija mía; pero entiéndelo bien, el maestro que tú elijas.

(Sale Magdalena y hace señas á Eva.)
EVA (distráida).—Sí, ya entiendo! el que yo elija! Pero entremos en seguida. ¡Margarita! ¿está la cena?

POGNER (levantándose contrariado).—¿Y no tenemos convidado hoy?

EVA (distráida).—¡El hidalgo quizá!

POGNER (con sorpresa).—¿Como?

EVA.—¿No le has visto hoy?

POGNER.—(Sí y no me dejó muy satisfecho.) Pero ¿qué estoy diciendo! qué necio soy!

EVA.—Vamos, papaito; vaya usted á mudarse la ropa.

POGNER (entra en la casa).—¡Pero qué me está pasando! ¡hum! hum!

MAGDALENA (con sigilo).—¿Has sabido algo?

EVA (con sigilo).—Mi padre no me ha dicho una palabra.

MAGDALENA.—David me decía que ha perdido.

EVA.—¡El caballero! Dios mío! qué voy á hacer! qué angustia! ¿dónde podré averiguarlo?

MAGDALENA.—Tal vez Sachs...

EVA.—Es verdad, ¡me quiere tanto! iré á verle...

MAGDALENA.—Pero mucho cuidado; tu padre va á sospechar algo si nos quedamos aquí más tiempo. Después de cenar te diré lo que álguien me ha confiado en secreto...

EVA.—¿Quién, el hidalgo?...

MAGDALENA.—No, nada de eso, Beckmesser...

EVA.—¡Bueno será!

(Entran en casa. Sachs vuelve sencillamente vestido en ropa de casa, entra en su taller y se sienta á la mesita junto á David.)

SACHS.—Veamos... está bien. Ponme á la puerta mi mesa y taburete: ahora puedes ir á acostarte, pero has de madrugar... á ver si el sueño te alivia de tu estupidez...

DAVID (arreglando la mesa y la silla).—¿Va usted á trabajar todavía?

SACHS.—¿A ti qué te importa?

DAVID.—(¿Qué tendrá Magdalena? ¿quién sabe? ¿por qué velará el maestro esta noche?)

SACHS.—¿Todavía estás aquí?

DAVID.—Buenas noches, maestro.

SACHS.—Buenas noches.

(Vase David, Sachs se dispone á trabajar, se sienta en el taburete, apoyando el brazo en el alféizar de la ventana.)

SACHS.—¡Qué olor despide ese saúco! ¡me siento conmovido é inspirado! Parece que me invita á componer! ¿pero qué valen mis versos, pobre y sencillo como soy? Así descuido mi trabajo, cuando mejor fuera que me dejase de poesías y me entretuviese en tender el cuero (se pone á trabajar

y á poco queda pensativo). Y sin embargo, lo siento, no puedo resistir, no puedo olvidar, no puedo contenerme... ¡Cómo explicar lo que me parecía infinito! ¡lo que sin corresponder á ninguna regla, no tiene incorrecciones! Viejo era el canto, y á pesar de todo parecía tan nuevo como el de los pájaros en Mayo. El que lo oye queda embelesado y le parece que le seguiría. ¡Cómo puede merecer este canto la derrota! Sin duda, la primavera le impuso tan dulce obligación y él canta espontáneamente obedeciendo á ella... Y cantó como debía... Gran pico tenía el pájaro... ¡qué susto se llevaron los maestros!... pero lo que es á Sachs, le gustó soberanamente.

(Sale Eva y, acechando, se acerca con timidez á la puerta de Sachs presentándose de repente.)

EVA.—Buenas tardes, maestro; ¿todavía tan ocupado?

SACHS (agradablemente sorprendido, se levanta de golpe).—¡Ah! hija ¿tan tarde, por acá? Ya supongo á qué vienes... Vendrás á hablarme de los zapatos nuevos ¿verdad?...

EVA.—No, señor: ¡qué error! todavía no me los he probado; son tan lindos y tan ricamente adornados, que no me atrevo á calzármelos.

SACHS.—Pero mañana tendrás que ponértelos como novia.

EVA (que se ha sentado en el banco de piedra cerca de Sachs).—¿Y quién va á ser el novio?

SACHS.—¿Qué sé yo!

EVA.—¿Y por dónde sabe usted que yo soy novia?

SACHS.—Toma ¡si lo sabe toda la ciudad!

EVA.—Pues entonces, está usted muy bien informado. Yo creí que sabía usted más...

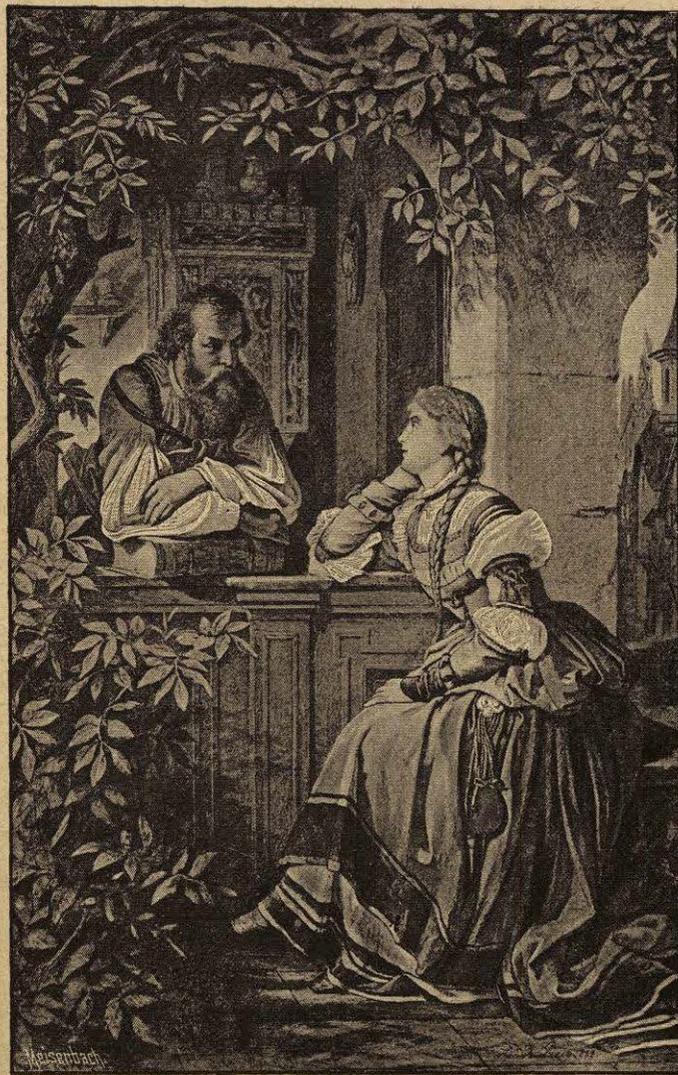
SACHS.—¿Qué es ello?

EVA.—¡Esta es buena!... tendré que decirlo yo.

¿Soy muy inocente, verdad?... ¿Qué ladino es usted?

SACHS.—Yo no digo eso.

EVA.—Entonces usted no sabe nada. Usted no dice



nada. Ya veo que es cierto el adagio: mucha diferencia va de la pez á la cera. Yo le creía á usted más perspícaz.

SACHS.—Niña; á mí me es tan familiar la pez como la cera. Con una ablando los hilos de seda, con la otra he cosido bonitos zapatos, y hoy los hago con hilo más grosero.

EVA.—¿Y para qué parroquianos son estos? ¿Quién es él? ¿Es buen sujeto?

SACHS.—¡Ya lo creo! es muy osado y dispuesto á ganar el premio... Estos zapatos son para Beckmesser...

EVA.—Póngales usted mucha pez; á ver si queda pegado y me deja tranquila.

SACHS.—El se figura que va á casarse contigo en premio.

EVA.—¿Y cómo puede él conseguir mi mano?

SACHS.—Es soltero y en el gremio hay pocos.

EVA.—¿Y no podría obtenerlo un viudo?

SACHS.—Ese es demasiado viejo para ti.

EVA.—¿Cómo, viejo? Aquí se trata del arte; el que lo entienda puede aspirar á mí, sea quien fuere.

SACHS.—¡Ay, Eva, Eva! ¡me haces concebir ciertas ilusiones!

EVA.—Yo, no. Usted es muy chancero; confiese que usted es muy voluble. Sabe Dios quién dominará ahora en su corazón, cuando hace tantos años que pensaba poseer su cariño.

SACHS.—¿Por qué me gustaba llevarte en brazos?

EVA.—Supongo que sería porque no tiene usted hijos.

SACHS.—No; porque entonces yo tenía mujer é hijos.

EVA.—Pero cuando se murió la mujer, yo fui creciendo.

SACHS.—Y te hiciste muy guapa.

EVA.—Por eso creí que me tomaría usted por esposa y niña al mismo tiempo.

SACHS.—¡Ojalá tuviese yo una esposa y una niña! ¡qué grato sería para mí!... ¡buena ocurrencia!

EVA.—¡Vamos, que usted se burla! Ya sé yo que sería usted capaz de que se me llevara en premio el tal Beckmesser.

SACHS.—¿Qué puedo yo hacer si él lo obtiene? Sólo tu padre podría remediarlo.

EVA.—Me parece que ha perdido usted el juicio... cuando precisamente venía yo buscándolo...

SACHS.—Verdad, ¡qué cabeza la mía! Dispénsame, he tenido un gran disgusto y estoy muy perturbado.

EVA.—Habrás sido en la escuela, ¿verdad? Como hoy ha habido sesión...

SACHS.—Sí tal; lo que me preocupa es el certamen.

EVA.—¿Por qué no lo ha dicho usted desde luego?... entonces yo no le hubiera abrumado á preguntas. ¿Y quién era el aspirante?...

SACHS.—Un hidalgo, niña, muy ignorante... por cierto.

EVA.—¿Un hidalgo? ¿y fué aceptado?

SACHS.—Todo lo contrario: fué muy reñida la discusión.

EVA.—Pero ¿qué sucedió?... Si usted está disgustado, ¿cómo puedo estar tranquila yo? Esto quiere decir que no fué recibido...

SACHS.—En efecto; cantó tan mal, que perdió.

MAGDALENA (sale de la casa y llama en voz baja).—Eva, Eva, psit... 'pst...

EVA.—¿Cómo es eso? ¿perdió?... ¿tan malo era el canto que no pudo alcanzar el título?...

SACHS.—Hija mía, perdió y en ninguna parte le concederán que sea maestro, pues el que ya nació tal, es mal mirado por los demás.

MAGDALENA (acercándose).—Tu padre te llama.

EVA.—Déjame... ¿y no tuvo quién le protegiera?

SACHS.—¡Buena fuera!... ¡ser amigo suyo! Como todos se sienten tan pequeños delante de él, nadie quiere ser su amigo. Váyase el hidalgo orgulloso

en hora mala y déjenos gozar tranquilamente lo que hemos aprendido con tantos esfuerzos. Aquí molesta; pruebe fortuna en otro lado.

EVA (levantándose con viveza).—Sí, en otra parte hallará quien le aplauda, donde haya corazones más sensibles que el del pérfido Juan, y no entre vosotros, ¡envidiosos! (A Magdalena.) Voy en seguida... ¿Qué consuelo pueden darme aquí... donde huele todo á pez...? Al menos si ardiera, daría calor...

(Atraviesa muy agitada la calle, y se pára en la puerta de su casa.)

SACHS (moviendo la cabeza pensativo).—¡Ya me figuraba yo esto! ¡Esto es cosa de reflexionarlo!

(En esto, Sachs sigue ocupado en cerrar los postigos, de modo que se percibe poca luz y desaparece casi por completo.)

MAGDALENA.—Por Dios, ¿por qué has tardado tanto? tu padre llamaba.

EVA.—Vé á decirle que estoy en cama.

MAGDALENA.—No; óyeme; he encontrado á Beckmesser y dice que vendrá á darte una serenata de violín y canto, y será forzoso que te asomes á la ventana. Por lo visto confía que te gustará y que podrá conquistarte.

EVA.—Esto nos faltaba; si viniese solo, menos mal.

MAGDALENA.—¿Has visto á David?

EVA.—¿Qué tengo que ver con él?

MAGDALENA.—(Le traté con demasiado rigor; temo que esté fligido.)

EVA.—¿No distingues todavía nada?

MAGDALENA.—Parece que viene gente.

EVA.—Si fuese él...

MAGDALENA.—Vámonos ahora... subamos...

EVA.—No quiero irme hasta ver á quién amo.

MAGDALENA.—No es él; me equivocaba; vente, créeme, sino tu padre va á sospechar.

EVA.—¡Qué miedo tengo!